PRIMERA PARTE

LIBRO PRIMERO

SHAKESPEARE — SU VIDA

I

Hace unos doce años, en una isla próxima á las costas de Francia, una casa, de aspecto melancólico en todas las estaciones, volvíase particularmente sombría á causa del invierno que comenzaba. Soplaba allí el viento del Oeste en plena libertad, haciendo más espesos todavía, sobre aquel edificio, todos los envoltorios de neblina que noviembre amontona entre la vida terrestre y el sol. La obscuridad desciende pronto en otoño; y la pequeñez de las ventanas, añadida á la brevedad de los días, aumentaba la tristeza crepuscular de la casa.

Esta, que tenía por techo un terrado, era rectilínea, correcta, cuadrada, de reciente pintura blanca. Era así algo como metodismo edificado. Nada hay tan frío como esa blancura inglesa. Parece ofrecer la hospitalidad de la nieve. Se acuerda uno, con el corazón oprimido, de las viejas casuchas campestres de Francia, de madera, alegres y negras, con sus viñas.

Tenía la casa un jardín de un cuarto de arpenta de superficie, que se extendía en plano inclinado, rodeado de muros, cortado por gradas de granito y parapetos, sin árboles, desnudo, donde se veían más piedras que hojas. Ese pequeño terreno, inculto, abundaba en manojos de flores amarillas, de olor

fuerte, que florecen en otoño y que la gente pobre comen cocidas con el congrio. La playa, muy cercana, estaba oculta para el jardín por un repliegue del terreno. Sobre ese repliegue había un prado de hierba corta, donde prosperaban algunas ortigas y una gruesa cicuta.

Desde la casa se veía, á la derecha, hacia el horizonte, en una colina y en un pequeño bosque, una torre que pasaba por estar encantada; á la izquierda se veía el *dick*. El dick era una fila de grandes troncos de árboles *adosados* á una pared, metidos en la arena, secos, descarnados, con nudos, anquilosis y rótulas, que parecía una hilera de tibias. La meditación, que acepta gustosa los ensueños para proponerse enigmas, podía preguntarse á qué hombres habían pertenecido aquellas tibias de tres toesas de alto.

La fachada Sud de la casa daba al jardín, y la fachada del Norte á un camino desierto.

Un corredor por entrada; en el piso bajo una cocina, un invernadero y un corral; luego una sala pequeña con vistas al camino carretero, pero sin transeuntes, y un gabinete bastante grande, aunque casi sin luz; en el primer piso y en el segundo, cuartos limpios, fríos, recién pintados, con escasos muebles y blancos sudarios colgados á las ventanas. Tal era aquel alojamiento. El ruido del mar se oía siempre.

Aquella casa, pesado cubo blanco de ángulos rectos, escogida por los que la habitaban, bajo la indicación de la casualidad, á veces quizás intencionada, tenía la forma de una tumba.

Los que vivían en aquel domicilio eran un grupo, digamos mejor, una familia. Eran proscriptos. El más anciano era uno de esos hombres que, en un momento dado, están de más en su país. Salía de una asamblea; los otros, que eran jóvenes, salían de una cárcel. Haber escrito es cosa que motiva los cerrojos.

¿Adónde conduciría el pensamiento más que al calabozo?

La cárcel los había soltado en el destierro.

El anciano, el padre, tenía allí á todos los suyos, menos á su hija mayor, que no había podido acompañarle.

Su yerno estaba con ella. A menudo se hallaban al rededor de una mesa ó sentados en algún banco, silenciosos, graves, pensando todos á la vez, y sin decírselo unos á otros, en aquellos dos ausentes.

¿Por qué se había instalado ese grupo en una habitación de tan pocos atractivos? Por razones de prisa, y por el deseo de estar lo más pronto posible en cualquier parte que no fuera la posada. También, sin duda, porque era la primera casa de alquiler que habían encontrado, y porque los desterrados no tienen suerte en su elección.

Esa casa,—que es tiempo ya de rehabilitar un poco y de consolar, porque, ¿quién sabe si en su aislamiento no está triste de lo que acabamos de decir?, una habitación, una vivienda tiene un alma,—esa casa se llamaba *Marine-Terrace*. La llegada á ella fué lúgubre; pero, después de todo, declarémoslo, la permanencia fué buena, y *Marine-Terrace* sólo ha dejado á los que la habitaron entonces afectuosos y gratos recuerdos. Y lo que decimos de esa casa, lo diremos también de esa isla, Jersey. Los sitios en que se sufre y se padece concluyen por tener una especie de amarga dulzura que, más adelante, les hace echar de menos. Tienen una hospitalidad severa que agrada á la conciencia.

Había habido, antes que ellos, otros desterrados en aquella isla. No es éste el momento oportuno para recordarlos. Digamos únicamente que el más antiguo, de quien la tradición, quizás la leyenda, conservó el recuerdo, era un romano, Vipsanio Minator, que

empleó su destierro aumentando, en provecho de la dominación de su país, la muralla romana de que se ven aún algunos lienzos, semejantes á trozos de colinas, cerca de una bahía llamada, según creo, bahía de Santa Catalina. Ese Vipsanio Minator era un personaje consular, viejo romano tan entusiasta de Roma que estorbó al imperio. Tiberio le desterró á aquella isla cimeriana *Cesærea;* según otros, á una de las Órcadas. Tiberio hizo más; no contento con el destierro, ordenó el olvido. Prohibióse á los oradores del Senado y del Foro pronunciar el nombre de Vipsanio Minator. Los oradores del Foro y del Senado, y la historia, obedecieron; lo que Tiberio jamás puso en duda. Esa arrogancia en el mando, que llegaba hasta á dar órdenes al pensamiento de los hombres, caracteriza á ciertos gobiernos antiguos llegados á una de esas situaciones sólidas en que la mayor suma de crímenes produce la mayor suma de seguridad.

Volvamos á *Marine-Terrace.*

Una mañana de los últimos días de noviembre, dos de los habitantes del lugar, el padre y el más joven de los hijos, estaban sentados en la sala del piso bajo y callaban como náufragos pensativos.

Fuera llovía, el viento soplaba, la casa estaba como ensordecida por ese rugido exterior. Ambos pensaban, absorbidos quizá por la coincidencia de un principio de invierno y de un principio de destierro.

De pronto el hijo habló interrogando al padre:

—¿Qué piensas de este destierro?

—Que será largo.

—¿Qué te propones hacer para colmarlo?

El padre contestó:

—Contemplaré el Océano.

Se produjo una pausa. El padre añadió:

—¿Y tú?

—Yo,—dijo el hijo,—traduciré á Shakespeare.

II

Hay hombres-océanos, en efecto.

Esas olas, ese flujo y ese reflujo, ese vaivén terrible, ese ruido de todos los alientos, esas negruras y esas transparencias, esas vegetaciones propias del abismo, esa demagogia de las nubes en pleno huracán, esas águilas entre la espuma, esas maravillosas apariciones ó salidas de astros repercutidos en no se sabe qué misterioso tumulto por millones de cimas luminosas, cabezas confusas de lo innumerable, rayos errantes que parecen atisbar; esos gemidos enormes, esos monstruos entrevistos, esas noches de tinieblas entrecortadas por aullidos, esas furias, esos frenesíes, esas tormentas, esas rocas, esos naufragios, esas ondas que se entrechocan, esos truenos humanos mezclados á los truenos divinos, esa sangre en el abismo; luego esos perdones, esas dulzuras, esas fiestas, esas alegres velas blancas, esos barcos pescadores, esos cantos entre el tumulto, esos puertos espléndidos, esos humos de la tierra, esas ciudades en el horizonte, ese azul profundo del agua y del cielo, ese agrio útil, esa amargura que sanea el universo, esa áspera sal sin la cual todo se corrompería; esas cóleras y esos apaciguamientos, ese todo en uno, ese inesperado en lo inmutable, ese vasto prodigio de la monotonía inagotablemente variada, ese nivel después de aquel trastorno y remoción, esos infiernos y esos paraísos de la inmensidad eternamente conmovida, ese infinito, ese insondable, todo eso puede caber en un espíritu; y entonces el espíritu se llama genio, y tenéis á Esquilo, y tenéis á Isaías, á Juvenal, á Dante, y tenéis á Miguel Angel, y tenéis á Shakespeare, y lo mismo es mirar esas almas que mirar al Océano.